

distracción al decir á propósito de la atmósfera absorbente que rodea al astro del día: «impide una dispersion que sería inútil y aun perjudicial á los planetas. ¿Que sería, en efecto de nuestro globo, bajo una radiación ocho veces mayor? La experiencia prueba que en los climas en que el cielo es puro, nadie puede impunemente exponerse á los rayos del Sol, si se duplica su poder por una simple reflexion sobre un espejo plano; así, pues, si la radiación llegase á ser ocho veces más considerable, *ninguna criatura* podría vivir sobre nuestro planeta. (a) Creemos que debe decirse: *ninguna criatura de las actualmente existentes* sobre nuestro planeta, podría vivir en él. Pero probablemente otros seres, organizados diferentemente, constituirían sobre la Tierra otra fauna y otra flora, quizás más grandiosas y más ricas que las actuales, y el gérmen fecundo de la vida, que brota por doquiera en el planeta que habitamos, no desaparecería seguramente.

Más es preciso reconocer que por seductora y verosímil que pueda ser la hipótesis de la habitabilidad de los astros, por lógico y natural que nos parezca pensar que, á un mundo inorgánico tan parecido al nuestro, debe hallarse enlazado un mundo orgánico semejante también, la ciencia no tiene todavía datos suficientes para hacer tal afirmación. De la *posibilidad* de que exista la vida en Marte, no se sigue la *necesidad* de que así se verifique en efecto, y no es lícito asegurar, mientras la ciencia no resuelva un trascendental problema, que de la materia inorgánica y los agentes físicos en determinadas condiciones, deba surgir necesariamente la vida. En el estado actual de los conocimientos humanos, la única base para una afirmación científica sobre este particular, sería la observación directa, y ésta, por mucho que los defensores á todo trance de la pluralidad de mundos habitados se empeñen en no verlo, ha dado hasta la fecha resultados negativos. En vano asegurará Flammarion que los continentes de Marte no son estériles desiertos como el Sahara, y que en la coloración general de aquel astro influye el rojizo matiz de una vegetación espléndida y superior á la terrestre: su inexorable telescopio le manifiesta dilatadas llanuras de invariable aspecto, siempre que las nubes no empañan la trasparente atmósfera del planeta; y solo dejándose llevar en alas de la imaginación más privilegiada, puede el sábio astrónomo, cuyo talento y mérito son indiscutibles, hacer semejantes aseveraciones. Quizá allá, como aquí, existen bosques y desiertos: desgraciadamente parecemos haber descubierto los desiertos, pero no

(a) P. Secchi, *El Sol*.

los bosques. Y como si la naturaleza se hubiese propuesto reservarse el secreto de la pluralidad de mundos, precisamente por ser uno de los que más vivamente excitan la curiosidad del hombre, cuyo pensamiento no cabe en la Tierra, cuando, lleno de entusiasmo y esperanza, dirigió potentes telescopios al pequeño mundo que voltea tan cerca de nosotros, halló en él con desaliento un espantoso desierto, sin rastro de vida, sin agua y sin atmósfera. La Luna hubiera podido suministrarlos datos preciosísimos, acaso nos hubiera permitido resolver el problema: desgraciadamente la Luna, por su pequeña masa, se halla en un período de su evolución demasiado avanzado para ofrecer ni aun vestigios de movimiento en su superficie.

No podemos desconocer el fondo de lógica con que Flammarion camina de deducción en deducción, hasta constituir en Marte vegetales gigantescos y animales enormes y robustos, y nos hemos complacido en imaginarnos la especie racional, el *homo sapiens* de aquel mundo, incluido en las especies aladas, dominar la atmósfera y enseñorearse de su mundo, como nosotros no podremos conseguirlo jamás del nuestro, que nos retiene con demasiada intensidad gravífica; pero creemos que el astrónomo francés sienta algunas veces premisas discutibles, exponiéndose por lo tanto, á pesar de su severa lógica, á levantar un hermoso edificio que se venga á tierra por falta de cimiento. La idea que persigue Flammarion y que con tanta sagacidad como copia de curiosísimos datos defiende, es razonable y seductora además para el terrícola, que busca en los otros mundos hermanos que le acompañen á entonar himnos de admiración al autor de tan maravillosa creación. Difícil es hoy dejar de opinar que los mundos todos que voltean enlazados por las inmutables leyes de la gravitación, han estado, están ó estarán habitados, según el período más ó menos avanzado de su evolución; pero dejemos las cosas en su verdadero lugar, y no confundamos una opinión razonable con una afirmación científica, imposible en el estado actual de los humanos conocimientos.

Y ya que de la habitabilidad de Marte hablamos, no queremos terminar sin rendir justo homenaje de admiración á uno de los más esclarecidos ingenios españoles del pasado siglo, el P. Feijóo, de quien un moderno absolutista decía que «debía erigirsele una estatua y quemar sus obras al pié de ella.» Refiriéndose á Marte, dice, á la letra, en un discurso lo siguiente:

«Debe pensarse que aquel planeta es un globo análogo al nuestro, que tiene montes, valles, lagos, rios, mares: por consiguiente su atmósfera propia, donde elevándose á veces muchas nubes, que cubren una parte del planeta, representan en él una mancha oscura, y